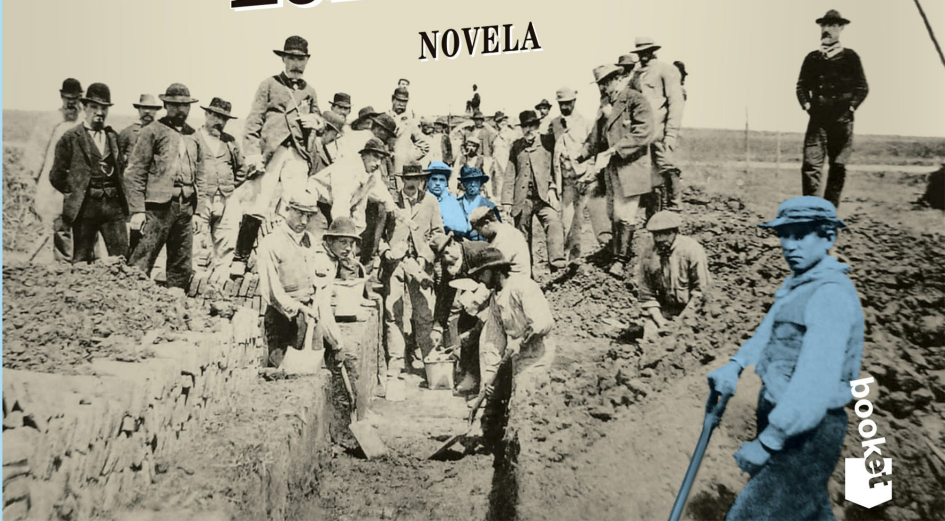


HUGO
ALCONADA MON



LA CIUDAD
DE LAS
RANAS

NOVELA



Hugo Alconada Mon

La ciudad de las ranas

Una novela histórica



PRIMERA PARTE

BUENOS AIRES, 12 DE JUNIO DE 1882

Se miraron como los amigos que no eran pero necesitaban ser.

—Permítame que le pregunte si no ha encontrado siempre en mí una cooperación decidida y una lealtad libre hasta de la sospecha en los momentos más difíciles.

Julio Roca se removió en el sillón, incómodo. Prefería afrontar la metralla de los cañones, los vientos patagónicos y la atropellada de caciques ansiosos por degollarlo antes que esas melosidades. Pero así eran los porteños con sus ardides, añagazas y veleidades.

—¡Claro que sí! Siempre y en todos los momentos he encontrado en usted un apoyo eficaz a mi gobierno y un amigo decidido. Lamento el incidente —replicó, y notó que sus palabras inyectaban los primeros signos de distensión en el rostro de Dardo Rocha—. Debe y puede usted contar con el presidente y el amigo para todo lo que sea ayudarlo.

Los había presentado Eduardo Wilde en octubre de 1871. Eran jóvenes pero cargaban ya con varias batallas militares y políticas sobre los hombros, y forjaron una sociedad de beneficios mutuos que por momentos pareció asemejarse a una amistad. Pero no pasó de parecerlo. Fueron y vinieron cientos de cartas y telegramas, cruzaron información sensible durante años y alimentaron los sueños compartidos de anexar la Banda Oriental del Uruguay al territorio argentino. Pero nunca orillaron, siquiera, la frontera del tuteo.

Roca había llegado a la presidencia con el apoyo de Rocha. Y este había alcanzado la gobernación de la provincia de Buenos Aires, la más poderosa del país, con el respaldo decisivo de aquel. Juntos habían sorteado zancadillas políticas, espionajes, amenazas, la rebelión armada de Carlos Tejedor y acusaciones varias de traición de sus propios seguidores. Pero sus caminos comenzaban a bifurcarse, aunque lo callaran por conveniencia. Rocha todavía no había terminado de sujetar el bastón de gobernador y ya se había obsesionado con el sillón de Rivadavia. Estaba convencido de que a Roca, del interior, tenía que sucederlo en la presidencia un porteño, él. Pero «el Zorro» no iba a permitirlo.

—Es usted un hombre de fe, de energía moral incontestable y mi amigo. Jamás lo olvide —le insistió Roca, y apuró la copa de brandy Valdespino. De inmediato, se incorporó y esperó que lo imitara el dueño de casa, un hábito adquirido durante tantos años de liderazgo. General a los 31, presidente a los 37, mandar era lo suyo, incluso en solar ajeno.

En esta ocasión, se vio forzado a jugar de visitante. Uno de sus ministros, Manuel Pizarro, se había ido de boca contra el gobernador, sin medir los efectos de su lengua precoz. Y allí estaba él, al filo de la medianoche, decidido a restablecer puentes. Abnegación y cálculo, se repitió a sí mismo. Así había llegado a la presidencia. Así doblegaría a su anfitrión, al que definía como «capaz de todo» en sus cartas. «Siempre con sus aires clandestinos y haciéndose el sospechoso», lo fileteaba por escrito, aunque le reconocía que era «menos malo que los otros».

Rocha observó al conquistador del Desierto enfilarse hacia la puerta, pero demoró un segundo más en ponerse de pie. «Esta es mi casa. Y la de mis padres. Y la de los padres de mis padres. No te equivoques, Zorro», se regodeó. «Aquí ordeno yo, como mandaré también en el país. Seré presidente, lo quieras o no».

—Me gustaría mostrarle las Lomas de la Ensenada, donde levantaremos la nueva capital de Buenos Aires —le dijo, al incorporarse—. ¿Cuándo me hará el honor de acompañarme en un recorrido especial? Sin su concurso, el éxito de esta obra magna que me he atrevido a afrontar sería muy dudoso.

A los amigos cerca, a los enemigos, más cerca aún, calibró el Zorro, deseoso de postergar la ruptura cuanto fuera posible. Ya habría tiempo para cobrarse la negativa a ceder los partidos bonaerenses de Belgrano y San José de Flores para robustecer la flamante Capital Federal.

—Mi querido amigo, cuente conmigo. Creo que este será el acto más trascendental de su gobierno y que con él contribuirá muy eficazmente al afianzamiento de las instituciones y a la consolidación de Buenos Aires como capital de la República. Iremos cuando usted lo disponga.

El edecán presidencial, Artemio Gramajo, se cuadró al verlos salir de la biblioteca y pasar junto al salón Carlos III, con sus tapices e impronta recargada. La esposa de Rocha, doña Paula, se había retirado a la planta alta con los hijos y casi todo el personal dormía hacía rato. Reinaba el silencio en el caserón de la calle Lavalle al 800.

—Estupendo. Haré que coordinen nuestras agendas. Si salimos en el tren expreso de las diez y media, podremos llegar a Punta Lara hacia el mediodía, y ahí subirnos al Decauville y almorzar en la estancia de los Iraola, donde montamos nuestra base de operaciones.

Estrecharon sus manos en la vereda, alumbrados apenas por una farola. El frío mutuo que sintieron no se debió al invierno.

VERONA, 18 DE SEPTIEMBRE DE 1882

Primero fueron las agujas, luego el silencio y, de inmediato, el terror, envolviéndolo en la noche negra. «Voy a morir», asumió Íñigo Rocamora cuando el agua gélida que venía de las montañas le llegó al cuello.

Había sido un verano extravagante. Había nevado en las tierras altas, a principio de mes. Pero después sopló el viento del sudeste, cálido y constante, y deritió aquella nieve prematura.

Arreciaron las tormentas que durante nueve días con sus noches alimentaron el cauce del río Adige, que subió y subió, y arrastró todo a su paso.

Barrió con los molinos, aguas arriba.

Derribó el Puente Nuevo, después.

Y devoró la ciudad de Romeo y Julieta. Dos tercios de Verona quedaron bajo las aguas, en un abrazo letal.

Íñigo dormía cuando el primer cimbronazo sacudió su mundo.

—*Mamma!*—aulló en la oscuridad—. *Mamma!* ¿Dónde estás?

Su grito fue casi un llanto, a pesar de sus 18 años.

—*Cocco!*—solo la voz, escaleras abajo, llegó hasta él—. Quedate ahí.

Eso fue todo. Unos segundos después la casa colapsó, como tantas otras alrededor de la Piazza Isolo. Fue un derrumbe sucio,

torpe, propio de una construcción que no pudo consigo misma y se desmoronó, agotada.

Junto a la ventana, Íñigo sintió que caía en un pozo. Soportó golpes en las costillas, en las piernas y en la cabeza, que lo atontaron. Luego llegaron las agujas. Pinchazos de hielo en todo el cuerpo.

«Agua», asimiló. «Estoy en el agua».

En medio de la confusión que siguió, y con el río mordiéndole la mandíbula, intentó moverse entre los escombros. Pero algo —¿una viga de madera?, ¿mampostería?— le apresaba el tobillo derecho. Forcejeó, hasta que el dolor lo detuvo.

—*Mamma! Mamma!*

Volvió a tirar de la pierna, aterrado. Percibió que las aguas heladas del Adige le entumecían los dedos. «Voy a morir», desesperó.

Hundió la cabeza y tanteó con las manos aquello que apresaba el tobillo. Tiró con todas sus fuerzas, con urgencia, hasta que sus pulmones parecieron estallar, obligándolo a emerger.

—*Mamma!* —gritó, pero la respuesta jamás llegó.

En la negrura, el bramido de la tormenta lo dominaba todo. Como si su madre, los vecinos, los caballos en el cobertizo cercano y hasta los perros hubieran desaparecido. Como si toda Verona hubiera muerto.

Volvió a sumergirse y tiró otra vez, desgarrando sus manos. Aulló y su desesperación mutó en borbotones, el pánico exacerbado. Pateó con la pierna izquierda lo que fuera que lo aprisionaba. Una, dos, tres veces. De pronto, algo debió ceder porque sintió un alivio en el tobillo. Mínimo, aunque suficiente. Temió desmayarse, pero no se detuvo.

Lo último que Íñigo recordaría de aquella noche, tiempo después, fue que liberarse, tantear a ciegas un lugar elevado entre los escombros y desmayarse ocurrió casi en un mismo acto.

LOMAS DE LA ENSENADA, 19 DE NOVIEMBRE DE 1882

A unos metros, Dardo Rocha hablaba de progreso, de unidad y de futuro, pero él estaba en su mundo. Sacaba cuentas. Hacía meses que fatigaba las matemáticas, la geometría y los presupuestos, desde que se levantaba con el alba y hasta pasada la medianoche. «Peones, harán falta muchos más peones...», se dijo a sí mismo Pedro Benoit.

Caía la noche sobre la barraca de madera, montada entre los sembradíos de maíz, y celebraban con una cena de gala el cierre de un domingo que había registrado contratiempos, aunque a esa altura daba igual. Habían logrado el objetivo.

Alcanzó a balbucear un «gracias» mientras le servían la sopa de tortuga tiernizada al vino. «Al menos esto no se ha estropeado», pensó, «pero Piaggio lo lamentará...». Su mirada permanecía clavada en una de las velas que ordenó traer a las apuradas del pueblo de la Ensenada para colocar sobre picos de botellas vacías. El faro eléctrico de Ernesto Piaggio dejaba mucho que desear. «Ni que estuviéramos en un piringundín».

Todo parecía marchar bien. Los trescientos invitados —cada uno con una medalla de oro o de plata que él había ordenado acuñar— alzaban las copas en honor del gobernador y en aras del desarrollo que La Plata prometía encarnar. «Ni *Rivadavia*, como propuso Carlitos Pellegrini, ni *Nueva Buenos Aires*, como pretendía Rocha. Al final se llamó *La Plata*», repasó Benoit,

«como quiso Hernández». Pensar en «el Gringo» Pellegrini y en José Hernández lo llevó a fruncir el entrecejo. «Uno faltó a la ceremonia y al otro, que va a reventar si sigue comiendo así, se le echó a perder el asado... Compramos doscientas reses y cuatrocientos capones, pero el pueblo se quedó sin comer», repasó, mientras le retiraban la sopa, a medio tomar, y le servían un pejerrey a la tártara.

Como cada vez que afrontaba algún escollo, Benoit se obligó a buscar el lado menos malo de las cosas, tal como le había enseñado su padre. Pasó revista: «El presidente Roca tampoco vino, pero mandó a su hermano Ataliva y al canciller Victorino de la Plaza. Chocaron dos trenes por la mañana, pero el servicio del Decauville no se interrumpió. Y Ciambra no será como don Antonio, pero es cumplidor», se consoló.

Hacía once años que don Antonio Ayerbe había muerto, víctima de la epidemia de fiebre amarilla que juntos habían combatido en Buenos Aires, pero Benoit todavía extrañaba a su maestro albañil. Su padre y él habían sido sus guías en el arte de la construcción y no los olvidaba. «Ojalá estuvieran acá para lo que se viene».

En los días previos a la ceremonia, Benoit había tomado en sus manos la organización, mientras a la vez daba los últimos retoques a los planos de la urbe. Solo delegó unas pocas tareas, como el cavado del pozo de cuatro metros de largo por tres de ancho y tres de profundidad. Allí colocarían la piedra fundacional de la ciudad junto a una redoma de la cristalería Rigolleau que contendría las medallas masónicas, un puñado de cartas y botellas de vino. El acta reposaría durante un siglo dentro de ese cofre de cristal, dentro de una urna de plomo, dentro de una caja de piedra. Obsesiones, para algunos; resguardos, según él, de la hermandad que lo ayudaba a mejorar cada día.

«De Antonio Ayerbe a Antonio Ciambra», sonrió Benoit

para sí. La apuesta le había salido bien. Ciambra había cavado el pozo junto con un correntino, un albanés y un catalán, bajo el sol ardiente. Pasaron tal calor allí que en un momento Ciambra comenzó a sangrar por la nariz y los tres compañeros, asustados, le arrojaron baldes y más baldes de agua para recuperarlo. «Estuvo bravo, don Pedro», se había limitado a informarle después, con rastros de sangre en la ropa. «Ciambra cumplió y no es poco. Podré apoyarme en él», sopesó.

De pronto, se descubrió jugando con un tenedor de plata, cuyas puntas clavaba en la yema del índice. Levantó la vista. A la distancia, Rocha lo miraba desde la mesa central enmarcada por el escudo nacional y seis banderas argentinas. Le pareció, incluso, que asentía. Fue un movimiento breve de la cabeza, apenas perceptible, antes de retomar la conversación con un invitado.

¿Qué había dicho Rocha esa tarde? No lograba recordarlo, entonces extrajo la copia del discurso de un bolsillo de la chaqueta. Leyó. Una frase en particular se acomodaba a sus planes: «Atraeremos a nosotros los desgraciados de otros pueblos para participar de nuestras abundancias, aumentando a su vez nuestra riqueza y ayudándonos a cumplir la misión que a todo pueblo que dura le reserva la historia».

—Tráigame una copa de ese licor que mandé comprar —ordenó, y rechazó el Charlotte ruso que le ofrecía un camarero, vestido como él había dispuesto para la ocasión—. Del Char treuse, por favor.

—Deliciosa decisión, don Pedro. Que sean dos, por favor.

Miró a Tomás Bradley, que acababa de sentarse a su lado. «¿O será Thomas?», dudó. Hijo de estadounidenses, había peleado en la Guerra del Paraguay con Rocha, quien desde la gobernación lo contrató como fotógrafo.

—Creo que las fotos de esta tarde saldrán magníficas, con

el Octavo de Infantería, el Sexto de Caballería y el Primer Regimiento de Artillería formados ante el palco con los invitados, entre los mástiles y gallardetes.

—Qué bien... —Benoit solo quería degustar el licor, tranquilo, pero Bradley no pareció notarlo. O no le importó.

—No estuvo Roca. Tampoco Mitre, ni Sarmiento, pero da igual. Supliré esas ausencias de alguna manera. Buscaremos la forma para que Dardo quede contento con la foto oficial.

—¿Qué hará? ¿Magia? —ironizó Benoit, la boca torcida en una mueca.

—Algo así. No veo por qué Dardo no puede tener una foto con Roca y Sarmiento si así lo quiere.

Benoit no llegó a contestarle. Cuando el camarero se acercó con las copas de Chartreuse, no pudo con su genio y comenzó a revisar el uniforme del mozo, que había ordenado comprar en una de las mejores tiendas de Buenos Aires. Seguía imaculado. «Como corresponde», zanjó.

—Al fin sonrío, don Pedro. ¡Salud! —celebró Bradley, que alzó su copa.

Benoit le acompañó el gesto, pero no llegó a beber. A la distancia, acababan de escucharse gritos, solapados bajo los compases de la Banda de la Policía, que también él —cuándo no— había convocado. Se disculpó con Bradley, se levantó con disimulo y salió de la barraca por la cocina.

Afuera, a unos metros, vio a Carlos D'Amico, el rostro vuelto hacia las penumbras, con los brazos cruzados.

—¿Todo en orden?

El ministro se encogió de hombros.

—Digamos que sí —replicó, y señaló con la cabeza a unos cincuenta metros. Las tropas mantenían a distancia a un grupo de alrededor de cuatrocientos exaltados que protestaban porque tenían hambre. Llevaban sin comer desde la mañana,

a diferencia de los invitados que gozaban de una cena de seis cubiertos de El Águila, la mejor confitería porteña.

—Sería bueno que los suban al ferrocarril.

—Ya lo ordené, pero el servicio viene demorado —replicó D'Amico, sin quitar los ojos de la muchedumbre—. El tren previsto para esos no saldrá sino hasta después de que parta el nuestro y eso no será antes de... —buscó algo de luz para mirar su reloj— hora y media o dos.

Benoit oteó la noche. Olía a tormenta. Tras un día agotador, entre cachetazos de polvo y un calor impiadoso, era probable que el aguacero cayera sobre esa muchedumbre mientras esperaba para apretujarse en los vagones que la devolvería a Buenos Aires. Miles habían acudido a la nueva capital en respuesta a la convocatoria difundida por los diarios porteños, y una vez en las Lomas de la Ensenada los habían entretenido con acróbatas, sortijas y fuegos artificiales, pero sin alimentarlos. Y al filo de la medianoche los maltrataban como a perros... No pudo más que negar con la cabeza. ¿Para las autoridades y los invitados? Una gran carpa de lona blanca, con banderas, escudos y alegorías para disfrutar de una tarde sensacional entre aperitivos y luego una cena *crème de la crème*. ¿Para el pueblo? Ni agua.

Molesto, Benoit volvió sobre sus pasos. Una cosa era mandar. O, creyéndose otro Juan de Garay, disponer que la fecha de fundación de la ciudad coincidiera con el cumpleaños de un hijo. «¿Cuántos años tendría Melchorcito Rocha? ¿Seis?», dudó. Pero esto orillaba con el desprecio. Como si la vida fuera una partida de ajedrez en la que algunos deben asumirse como peones y otros se arroguen el papel de la nobleza.

Meditaba sobre eso cuando tropezó con Rocha, que también había escuchado el griterío y salía a ver qué ocurría. Le bastó con mirar a Benoit para comprender que sería mejor no preguntarle.

—Hablemos mañana, Pedro. Lo espero a las diez en la estancia de Martín Iraola. Tenemos que escribirle a Vicente Caetani para que apure la cosa en Europa —le dijo, para después morderse el bigote, ese gesto tan típico de él que lo delataba cuando lo superaban las emociones—. Necesitamos más brazos, cuanto antes.

Sin esperar una respuesta, Rocha dio media vuelta y regresó al banquete.